

EN QUE SENTIDO ES DIOS AUTOR DE LA BIBLIA

Jaime Loring, S. I.

PUEDE ser que alguna vez nos hayamos preguntado qué sentido tienen ciertos ritos de la liturgia católica donde se rodea al libro de la Sagrada Escritura de honores casi latréuticos: en las Misas solemnes el diácono incienso el libro del Evangelio con un rito análogo a la incensación de la Eucaristía; en las liturgias orientales el sacerdote bendice al pueblo trazando en el aire una cruz con el evangelio, acción completamente parecida a la bendición con la custodia de la liturgia occidental.

En la base de una acción litúrgica hay siempre un principio dogmático que la justifica y le da sentido. La Biblia, se nos dice, es la palabra de Dios, por eso participa en cierta manera de los mismos ritos culturales que se tributan a Dios. He aquí una respuesta clara y tajante pero que encierra en su significado graves e interesantes problemas.



Dios autor de la Escritura

Este libro pequeño y manejable de los Evangelios o del Nuevo Testamento, que muchos cristianos de hoy llevan en el bolsillo de la chaqueta; ese otro también, algo más voluminoso y menos usual, del Antiguo Testamento, no importa, en definitiva, si fué escrito por Lucas o Mateo, por Moisés o cualquier otro desconocido hebreo. Lo fundamental, la razón por la cual este libro sigue editándose, hay millones de hombres en el mundo que diariamente lo leen con fruición, por lo que continuamente un cuerpo de científicos acreditados se esfuerzan por penetrar más profundamente su sentido, la razón de todo esto es que este libro contiene algo más que el pensamiento de hombre alguno, contiene la palabra de Dios.

Palabra de Dios no son solamente los resúmenes de los discursos de Jesús que nos conservan los Evangelios, o el mensaje de Yavé que transmiten los profetas. También es palabra de Dios, aunque parezca extraño y los mismos autores sagrados puedan no ser conscientes de ello, cuando Lucas relata los hechos de la infancia del Señor después de haberlos investigado escrupulosamente (Lc 1, 3), o cuando el autor del libro II de los Macabeos resume los cinco libros de la historia de Jasón de Cirene sobre las batallas de Judas Macabeo, porque esos libros dada la multitud de cifras que contienen y la abundancia de la materia son de difícil lectura (2Mac 2 25).

Es éste de la inspiración un dogma que permanece inconcuso a lo largo de toda la historia de la Teología, pero cuya inteligencia ha experimentado cierta evolución. Las fórmulas en que se ha vertido el dogma de la inspiración de la Sagrada Escritura son aproximadamente estas que incluimos a continuación: Dios es *autor* de la Sda. Escritura, el Espíritu Santo *la ha inspirado*, *la ha dictado*, los escritores sagrados son solamente *instrumentos*, y Dios mismo la *causa principal* (1).

Estas fórmulas se han interpretado a veces en la antigüedad demasiado estrechamente. La persona del hagiógrafo (2) pasaba desapercibida. Se escuchaba hablar a sólo Dios en los menores detalles del libro sagrado. Se construía un argumento de una frase suelta, incluso de una palabra desligándola del contexto. El contexto habría ayudado a entenderla conforme a la mentalidad del autor humano. Pero por ser divinas las palabras de la Biblia adquirían, según algunos, en sí mismas y desligadas de sus contextos un valor absoluto. Se hablaba a veces del escritor sagrado como de una mera cítara tocada por el Espíritu, como de una pluma en manos del que escribe (3). La labor humana no se pensaba que hubiera dejado huella ninguna en la Escritura. Era Dios y su Verdad absoluta quien había inspirado "al dictado" hasta los menores detalles de la Sda. Escritura (4).

Fué en el siglo XIX cuando empezó a elaborarse más completamente una inteligencia científica del dogma de la

(1) Cfr. *Enchiridion Biblicum*, nn. 21 23 26 27 28 32 33 62 64 66 74 93 94 109 110 111 116 193 273 461. Sin embargo, estas fórmulas, el magisterio eclesiástico no las entiende demasiado estrechamente: el concepto de *autor literario* aplicado a Dios y al hombre no es unívoco sino análogo (K. RAHNER. *Ueber die Schriftsinspiration*, Zeitschr. für kat. Theol. 1956 pp. 158-159); el concepto de *instrumento* aplicado al escritor inspirado por el Espíritu Santo no se ha de entender en su sentido más estrecho, sino en un sentido amplio (P. BENOIT, *La prophétie*, pp. 286-293. 303-304; A. ROBERT-A. TRICOT, *Initiation Biblique*, pp. 15-17). La instrumentalidad del escritor sagrado y la de las herramientas del artesano tienen características distintas (Dict. de la Bible, Supplement, T. IV, pp 511-513). Que la Iglesia no toma la palabra *dictado* en un sentido estricto lo demuestra el que los documentos pontificios suponen en el escritor sagrado un trabajo personal humano, no mero trabajo de amanuense (*Enchiridion Biblicum*, 461 465).

(2) Hagiógrafo = escritor sagrado: del griego, *hagios* = santo: *grafé* = escritura.

(3) BENOIT, *La prophétie*, p. 322; *Initiation biblique*, p. 11.

(4) Cf. lo que hemos dicho al final de la nota 1.^a sobre el sentido amplio que la Iglesia da a la palabra «dictar».

inspiración. El estudio de las antiguas culturas orientales, de la Filosofía y la gramática comparada, la historia de las religiones y del pensamiento filosófico en Oriente y en los pueblos helenistas, los descubrimientos arqueológicos, la aplicación de los métodos de la historia crítica a los pueblos caldeos, egipcios y mesopotámicos, el desarrollo de los estudios psicológicos y de las formas literarias, todo este inmenso aparato de las Ciencias del Espíritu que nació con pujanza arrolladora en el siglo pasado, lograron una penetración en el aspecto humano de la Biblia que para muchos tanto tiempo había permanecido descuidado y desatendido.

El dogma de la inspiración entró, por decirlo así, en una crisis de crecimiento. La posesión pacífica de la verdad que hasta entonces se disfrutaba padeció un profundo impacto de parte de los descubrimientos de las nuevas Ciencias del Espíritu. Esta crisis en la inteligencia del alcance del dogma fué precisamente la ocasión de su progreso (5).

Cuando los nuevos datos proporcionados por las Ciencias del Espíritu hicieron ver la insuficiencia de determinadas explicaciones simplistas de tiempos anteriores, fué necesario construir una nueva estructura teológica que diese razón más satisfactoria de este dogma. A esta labor se aplicaron ávidamente los teólogos (6).

Dejando de lado explicaciones insatisfactorias vamos a explicar el dogma de la inspiración conforme a la teoría más común hoy día siguiendo la di-

(5) Los nuevos datos inadaptables a ciertas explicaciones antiguas se impusieron por su evidencia masiva, arruinaron a éstas, y postularon estructuras nuevas donde quedasen integrados.

(6) Hubo intentos fracasados como el de quienes quisieron reducir la inspiración solamente a los párrafos de interés religioso-moral (ROHLING, LENORMANT), y soluciones incompletas como la de Franzélin que mantenía la vieja concepción de la inspiración para las ideas, y en cambio consideraba como de origen puramente humano las palabras en que aquellas ideas se vertían.

rección de las tres grandes encíclicas pontificias sobre asuntos bíblicos (7).

El fenómeno de la inspiración

No es fácil explicar fenomenológicamente cuál ha sido la verificación histórica del hecho de la inspiración. En realidad los hombres que escribieron los Libros Santos dejaron en ellos sus huellas: fácilmente se puede percibir la diferencia entre el estilo de S. Lucas y el de S. Mateo; pero incluso en lo que toca al pensamiento, S. Pablo ha construido una Teología con características, principios y estructura distinta de la de S. Juan, que, a su vez, tiene la suya propia (8). Estas formas peculiares de expresión literaria y de pensamiento teológico son las huellas de su personalidad que el hagiógrafo ha dejado en la Biblia. Por el contrario un análisis de ella no puede descubrirnos que el Autor divino haya dejado en la Biblia su huella. La presencia de su actividad singular en el libro sagrado la conocemos por las declaraciones indubitables de los enviados divinos.

Incluso si el hagiógrafo se hubiera sometido a sí mismo en el momento de su creación literaria al análisis fenomenológico de la conciencia, posiblemente no encontraría ningún elemento que lo diferenciara, en su calidad de autor literario, de cualquier otro escritor contemporáneo suyo, que escribiera un libro de historia profana o una carta a los conocidos. Sin embargo, a pesar de esta ausencia de huellas, tanto en las páginas del libro como en la conciencia del escritor, la inspiración divina de la Sda. Escritura es un hecho atestiguado por los divinos mensajeros y cuya explicación compete al teólogo.

(7) LEON XIII, «*Prudentissimus Deus*» (18-XI-1893); BENEDICTO XV, «*Spiritus Paraclitus*» (15-IX-1920); PIO XII, «*Divino Afflante Spiritu*» (30-IX-1943).

(8) No son, evidentemente, contradictorias ni opuestas, sino que sencillamente se complementan. Dentro del ámbito de la Revelación, cada uno, según su temperamento y atavismos culturales, ha seguido, llevado por Dios, una línea de pensamiento diferente.

Esta explicación parte de la exposición recta de dos principios fundamentales: 1) la instrumentalidad del hagiógrafo; 2) la distinción nítida entre revelación e inspiración. Estos dos conceptos son los que explicarán teológicamente el hecho dogmático de la inspiración (9).

Instrumentalidad del hagiógrafo

La denominación del hagiógrafo como "instrumento" fué frecuente entre los Santos Padres de los primeros siglos (10) y actualmente es mantenida por el magisterio oficial de la Iglesia (11). Sin embargo bien observa KARL RAHNER que la descripción corriente de la inspiración que hace a Dios autor de la Escritura no deja igualmente claro, que también el hombre es autor, más aún, que debe serlo. Se pudiera más bien tener la impresión de que la inspiración, tal como se describe, sería completamente perfecta, si el hombre fuera un mero secretario. Realmente la descripción que a veces se da de la inspiración no excluye en todo caso una mera función de secretario, sino que, por el contrario el papel de mero secretario encajaría perfectamente en ella (12). No es esa, sin embargo, la descripción corriente en los autores técnicos de la materia.

Ese concepto demasiado estricto de "instrumento" aplicado al hagiógrafo, que lo reducía a un mero amanuense o secretario impidió la formación de una explicación teológica con atención profunda y completa a las huellas humanas que de su temperamento y cultura han dejado los escritores sagrados en la Biblia. Por ello el gran Pontífice Pío XII escribe en su Encíclica "Divino Afflante": "Nuestra edad así como acumula nuevas cuestiones y nuevas difi-

cultades, así también, por el favor de Dios, suministra nuevos recursos y subsidios a la exégesis. Entre éstos parece digno de peculiar mención, que los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de los Santos Padres y del Angélico y Común Doctor, han explorado y propuesto la naturaleza y los efectos de la inspiración bíblica mejor y más perfectamente que como solía hacerse en siglos pretéritos. Porque partiendo del principio de que el escritor sagrado al componer el libro es órgano o instrumento del Espíritu Santo, *con la particularidad de ser vivo y dotado de razón*; rectamente observan que él bajo el influjo de la divina moción, de tal manera usa de sus facultades y fuerzas, que fácilmente puedan todos colegir del libro nacido de su acción "la propia índole de cada uno y, por decirlo así, sus singulares caracteres y rasgos" (13).

La razón del desenfoque que sufrieron determinados teólogos antiguos en el concepto de inspiración se debió a que entendían la noción de instrumento unívocamente. Para ellos no había más instrumento que las herramientas de trabajo: el martillo, la pluma, el pincel. Pero las herramientas de trabajo al carecer de personalidad, no son tampoco sujetos a quienes se pueda atribuir una acción, por eso la acción pertenece toda al sujeto humano principal que la realiza. En el cuadro de las Lanzas, todo el mérito de la obra corresponde realmente a Juan de Velázquez, y no cometemos ninguna injusticia ignorando totalmente a sus pinceles.

El caso del hagiógrafo es distinto. Su instrumentalidad en las manos de Dios no es simplemente mecánica. Como dice Pío XII, es un instrumento "vivo y dotado de razón". Al ser instrumento de Dios no pierde su personalidad, sino que, obrando como hombre, desarrolla a través de sus facultades intelectuales, afectivas y ejecutivas, su principio vital inmanente. Aun cuando la materia de que escribe, y su modo

(9) La Teología es precisamente la ciencia que explica los hechos dogmáticos.

(10) ROUET DE JOURNEL, *Enchiridion Patristicum*, núm. 66 del índice.

(11) *Enchiridion bibl.* nn. 110 556.

(12) *Zeitsch. für kat. Theol.* 78 (1956) 140.

(13) AAS 1943, 313s; *Enchir. bibl.* 556.

de proponerla estén predeterminados infaliblemente por Dios, el hagiógrafo conserva el dominio de su principio inmanente de actividad. Esto es lo que le diferencia del mero instrumento mecánico: la herramienta del artesano (14).

Fusión de dos causalidades

El haber concebido al hagiógrafo como instrumento puede llevar a depreciar exageradamente el papel del hombre en la composición de la Biblia. Pero este mismo concepto entendido justamente, ofrece ventajosísimos puntos de vista para solucionar graves problemas que plantea el hecho misterioso de la inspiración.

La inspiración es un hecho bifronte: una sola obra literaria producida por dos autores. En una sola creación literaria se han fundido dos causalidades, la divina y la humana. Esta es la raíz de toda la dificultad: Cómo estructurar una teoría en la que se armonicen psicológica y metafísicamente ambas actividades —la de Dios y la del hagiógrafo— en la producción de una misma obra literaria. Que se armonicen, sin que ninguna de las dos quede injustamente preterida.

La solución de esta dificultad inicial es lo que nos ofrece el concepto de instrumentalidad. Efectivamente la estructura conceptual que la Filosofía escolástica ha levantado sobre la causa instrumental partiendo del concepto vulgar y corriente de instrumento—concepto vulgar bajo el que se nos presenta al autor humano de la Biblia en las fuentes de la revelación y en los documentos del magisterio de la Iglesia—nos ofrece una posibilidad metafísica en que una sola acción dependa de dos

(14) En esta analogía del concepto de instrumento ha insistido BENOIT, *La prophétie*, pp. 303-304; *Initiation bibl.*, pp. 15-17. Igualmente J. H. CREHAN, en *Catholic Commentary on Holy Scripture*, 36 f.h (trad. castellana: *Verbum Dei. Comentario a la Sda. Escritura*, Barcelona 1956; y J. T. FORESTELL, *The limitation of inerrancy*, en *The Catholic Biblical Quarterly* 20 (1958) 11.

suma, sino por verdadera integración causas, no por mera iuxtaposición o de ambas en un único principio eficiente en el que uno de los dos agentes es, sin embargo, el principal.

La Escritura no es divisible en dos elementos heterogéneos, de los que uno proceda de Dios y otro del hombre (15). Se trata más bien de un único efecto cuya totalidad real depende conjuntamente del hagiógrafo y de Dios: ninguno de ellos es autor de una parte de la Escritura, sino ambos autores totales de la obra entera. Del artista no podemos decir que entre él y el cincel hicieron la estatua; ni tampoco distinguir en la estatua qué hizo el artista solo o el cincel solo. Sino que la obra completa es obra del artista manejando el cincel. No son dos principios de actividad, sino uno solo.

Por eso decíamos que si bien este concepto de causa instrumental ha de ser manejado con delicadeza, y provoca malas inteligencias cuando se toma demasiado estrictamente, sin tener en cuenta que se trata, en nuestro caso, de un instrumento vivo e intelectual, sin embargo, ofrece la ventaja de presentar una estructura intelectual que explica esa incursión de Dios en la actividad humana, por la cual las obras literarias de un hombre, sin dejar de ser de él, y conservando todas sus características personales, son al mismo tiempo de Dios: la actividad literaria de un hombre es asumida por Dios de tal manera que con toda propiedad se pueda llamar a Dios autor principal de la Sda. Escritura, y aun simplemente (co-

(15) Así pensamos contra J. B. FRANZELIN que atribuía las ideas de la Biblia a Dios y las palabras al hombre; y contra J. H. CREHAN (o. c. 36 g) que reserva el sentido típico de la Escritura a la sola causalidad divina. Y creemos que es infundada la cita que hace a su favor de la «*Divino Afflante Spiritu*», pues una cosa es que solamente Dios haya podido *conocer* el sentido espiritual, y otra que no haya sido *producido* (aunque inconscientemente) por el hombre inspirado. Y tengamos en cuenta que, hablando en rigor, el sentido típico (= prefigurativo) es bíblico sólo medianamente.

mo sucede siempre que se trata de un agente que se sirve de otro como instrumento) autor. Es el agente principal no el instrumento, quien decimos que ha hecho la obra.

El hagiógrafo desbordado por la actividad divina

La concepción del hagiógrafo como instrumento en las manos de Dios, aún ofrece otra orientación valiosa para solucionar los problemas de la inspiración. La característica principal de la causa instrumental es su improporción con el efecto (16). El instrumento por sí solo es incapaz de producir un efecto de tal perfección, pero elevado por la causa principal a una actividad superior a sus posibilidades naturales, su potencialidad activa queda suficientemente supervalorada.

Así el cincel solo no podría tallar una estatua, pero sí cuando lo maneja la mano del artista. La Sda. Escritura posee valores intrínsecos que sobrepasan la capacidad literaria de cualquiera de los escritores humanos que trabajaron en su composición. Su carácter propiamente divino, que la constituye "palabra de Dios" escrita, su consiguiente carencia absoluta de error, los sentidos profundos que trascienden el puro y llano sentido literal, la vitalidad sobrenatural que en esos libros se encierra, son propiedades que ningún hombre hubiera podido dar por sí solo a sus producciones literarias. Por eso, cuando el hagiógrafo escribe lo que Dios le inspira y como El se lo inspira, no hay dificultad ninguna en que esas frases encierran objetivamente un sentido más profundo que momentáneamente es desconocido aun por el mismo hagiógrafo, pero que posteriormente, y en virtud de determinadas circunstancias históricas, puede ser descubierto (17).

Distinción entre inspiración y revelación

Cuando Dios ha querido comunicarse con los hombres utilizando a otros hombres como intermediarios, ha empleado dos medios principales: unas veces ha comunicado a su mensajero una determinada verdad —desconocida a él por medios naturales— para que su mensajero la participe a los demás. Esta comunicación divina recibe el nombre de *revelación*.

Otras veces, en cambio, Dios simplemente mueve a un hombre a que escriba o diga algo que puede conocer, o de hecho ya conoce, por los medios corrientes de información, pero que en estas circunstancias es Dios quien le impulsa a que lo comunique a los demás. En el caso en que Dios mueva a su mensajero a *escribir* se llama *inspiración bíblica*, y el destinatario *hagiógrafo*. Si, por el contrario, Dios impulsa a su mensajero a *hablar*, recibe el nombre de *inspiración profética*, y su destinatario el de *profeta*.

Claramente se ve que se trata de dos modos sobrenaturales de verificarse la comunicación de Dios con los hombres completamente distintos. Por tanto las características fenomenológicas de cada una de estas verificaciones son también distintas.

En el primer caso —Revelación— se trata de un fenómeno en el cual el entendimiento del hombre es ilustrado con una determinada verdad. Lo que Dios quiere en el caso de la Revelación es ampliar el campo de nuestros conocimientos sobrenaturales. Propiedad esencial de estos conocimientos es que sean verdaderos. Por tanto, Dios, que es quien los infunde en la mente de

logie Morale. Les problèmes scripturaires. Revue Thomiste, 1950, pp. 415-419, y de CREHAN, o. c. 36 g, quienes explican la instrumentalidad del hagiógrafo únicamente por esta posibilidad de sentidos más profundos. La instrumentalidad del hagiógrafo se extiende no solamente a aquellos párrafos que tienen sentido típico o plenior, sino a toda la Escritura.

(16) SUAREZ, *Disp. Metaph.*, Disp. 17, Sect. 2, nn. 16-18. J. ITURRIOZ, *Metaphysica generalis*, n. 684, en la *Philosophiae Scholasticae Summa*, edit. BAC, 1953.

(17) En cambio nos parecen exageradas las exposiciones de M. LABOURDETTE, *Théo-*

los hombres, es también directamente autor de su verdad.

Por el contrario, el caso de la inspiración es diferente. Lo que Dios quiere no es precisamente enriquecer con nuevos conocimientos a sus profetas, sino mover al hagiógrafo a escribir aquello que ya conoce tal vez por medios naturales (o sobrenaturales). Cuando San Lucas recoge de testigos inmediatos noticias sobre la infancia del Señor, las ordena sobre su escritorio y se dispone a componer la narración evangélica, una crítica histórica sensata no puede afirmar que haya en este caso Revelación ninguna. San Lucas no conoce nada más que lo que otro contemporáneo suyo cualquiera, haciendo las mismas encuestas, hubiera podido saber. Sin embargo, San Lucas escribe por inspiración divina, es decir, el Espíritu Santo le impulsa a que sentado en su escritorio resuma mentalmente las noticias orales recogidas, y las ponga por escrito. Además el Espíritu cuida de que San Lucas escriba todo y solamente lo que el mismo Espíritu Santo quiere, y le asiste durante la redacción para que no se deslice ningún error involuntario (18). En toda esta acción del Espíritu Santo, Dios hace que el escritor sagrado juzgue con luz divina y, por ello, infalible, de la verdad que en aquello que, como verdadero va a escribir, se contiene.

La inspiración es, por tanto, una moción sobrenatural que Dios ejerce

(18) Hemos distinguido metodológicamente Inspiración y Revelación, pero en la realidad de las cosas no es necesario que ocurran por separado. Pueden darse casos: un hombre escogido por Dios es ilustrado con especiales conocimientos por medio sobrenatural (Revelación pura). Segundo: un hombre es movido por el Espíritu de Dios a decir o escribir cosas que él de antemano ya había conocido por medios naturales (Inspiración pura). Tercer caso: un hombre recibe sobrenaturalmente de Dios nuevos conocimientos, y Dios le impulsa a que los comunique de palabra o por escrito (Revelación-Inspiración). Este último caso es frecuente, por ejemplo, San Pablo con su conocimiento y manifestación del misterio del Cuerpo místico de Cristo.

sobre el hagiógrafo, una vez que éste está ya en posesión de determinados conocimientos sobre una materia que a Dios le interesa que sea comunicada a los demás hombres. Así pues, la inspiración no afecta *directamente* a la verdad o falsedad de dichos conocimientos, ya que éstos son anteriores a la inspiración misma. Sólo los afecta *indirectamente*, en cuanto que Dios no movería a escribir o decir expresiones que sean falsas o induzcan a mal. La inspiración, por tanto, no *produce* propiamente la verdad de los juicios del hagiógrafo, sino que la *supone*. Si Dios ha impulsado a Marcos o a Mateo a escribir este resumen de un discurso de Jesús, es porque tal resumen es históricamente verdadero. Lo contrario sería totalmente inadecuado a la Santidad y Veracidad divina. Así decía León XIII: "Tan lejos está de todo error la inspiración divina, que no sólo excluye por sí misma todo error, sino que lo excluye y repudia tan necesariamente, como necesariamente no puede Dios, suma Verdad, ser autor de ningún error en absoluto" (19).

Dios autor de la Escritura

Terminamos este artículo con la misma frase que lo habíamos empezado. En realidad no hemos pretendido otra cosa en él que explicar en qué sentido es Dios autor de la Escritura. Y ahora nos interesa demostrar que la explicación que hemos dado de Inspiración es suficiente para justificar esta denominación de *autor* atribuida a Dios.

Naturalmente que este concepto, que tomamos de la creación literaria humana, para atribuírselo a Dios, ha de ser un concepto análogo. No hay ningún concepto unívoco que se predique con verdad de Dios y de la creatura. Más en concreto, cuando decimos que Dios es autor de la Escritura no podemos creer que se realizan en El los procesos psicológicos que el análisis

(19) ENCHIR, BIBL. 109.

fenomenológico descubre en el acto de la creación literaria humana. En Dios no puede haber una concepción del conjunto que gradualmente se va especificando en sus detalles; una decisión práctica de proceder a la redacción; y una ejecución externa de la escritura o pronunciación. Esta concepción implica un antropomorfismo inadecuado a la idea cristiana de Dios.

En Dios no se pueden distinguir todos estos momentos psicológicos, sino un único acto de su potencia activa capaz de determinar eficazmente en la historia la existencia de tal libro. Este acto único de su potencia activa ad extra es lo que constituye a Dios autor del libro, puesto que efectivamente dicho libro es un efecto producido por la causalidad eficiente divina.

El término de la eficiencia divina no es el libro mismo, como si este fuera producido por una creación "ex nihilo" semejantemente a como fueron creados al principio de los tiempos el mundo cósmico y el hombre. Más bien la eficiencia divina se dirige a determinar al hagiógrafo a escribir tal libro: y entonces Dios produce el libro por medio del hagiógrafo, aunque es, sin embargo, causa principal, puesto que su in-

fluencia *formalmente predefinitoria* sobre el hombre ha representado el papel más importante. De manera parecida a como el cincel en manos del artista es más inmediato a la obra producida, y sin embargo su papel es secundario respecto del artista mismo.

De esta manera Dios es con toda verdad *autor* de la Biblia aunque en él no se verifiquen ninguno de los fenómenos psicológicos propios de la creación literaria en el hombre; y aunque sólo mediatamente —por intermedio del hagiógrafo— la voluntad divina haya producido el Libro Santo.

* * *

La Biblia es, por tanto, palabra de Dios en su más pleno sentido; pero es a la vez palabra del hombre. Este último ha dejado en la Biblia la huella de su estilo y de su pensamiento individuales, la huella de la cultura y del pueblo en medio del cual vivió. La Biblia es un fenómeno que está dentro de la economía general del Cristianismo (Jesucristo = Dios-hombre), la encarnación de lo divino en lo humano. La Biblia se nos presenta con toda su profundidad divina, y con toda su inmediatez humana.

